

de innovación técnica haya interferido a que el autor no haya logrado cuentos que se eleven a la altura de los de sus compañeros de generación y enfoque temático, José Luis González y Pedro Juan Soto, pues muchos dan la sensación de haber sido devorados por las técnicas.

En general, se puede afirmar que los cuentistas se han acercado al tema a través de tres senderos: el costumbrismo, lo psicológico y el realismo social. De estos, es el último el más común. Este revela, entonces, una tendencia común de las obras de protesta social: el uso de un estilo descriptivo casi fotográfico para transmitir al lector una auténtica impresión de las condiciones que se desean reproducir. El constante uso del «spanglish»¹² y el vocabulario jibarista —tan marcados en González, Soto y Vivas Maldonado— ayudan a crear este retrato realista. La constante alternancia de los personajes entre el uso del inglés y del español, sirve para enfatizar el estado de perplejidad en que se encuentra el emigrado que vive a la sombra de dos culturas, sin sentirse definitivamente parte integrante de una.

La soledad que experimenta el emigrante al llegar a la ciudad aparece en casi todos los relatos. Aunque sobresale en seis: «La dicha en el pecado» de Zeno Gandía, «Ironías de Navidad» de Jiménez Malaret, «En Nueva York» de González, «Ausencia» de Soto, «Una oración bajo la nieve» de Wilfredo Braschi y «La última la paga el diablo» de Vivas Maldonado. Esta es, generalmente, una de las barreras más difíciles de traspasar. Aunque el prejuicio y la discriminación son también fieros enemigos del emigrante, éstos usualmente no se reconocen inmediatamente; mientras que la soledad lo acompaña desde el mismo primer instante en que pone un pie en el avión que lo conducirá al laberíntico Nueva York. Y luego, al arribar a la ciudad, esta soledad lo recibe, ya que inmediatamente percibe la cultura extraña y hostil en la que tendrá que establecer sus raíces.

La añoranza por la patria, sus costumbres, su gente, su clima y su idioma, es nota predominante en todos los cuentos. Esta sirve de aliciente a la famosa soledad. A esto, como nota complementaria, habría que agregar el sueño del regreso, donde se distinguen los relatos «Siempre el sol» y «Después del invierno», de Emilio Díaz Valcárcel, y «El pasaje» de González. Muchas veces esta añoranza y el sueño del retorno convierten la isla en un lugar paradisíaco, aspecto muy alejado de la actual realidad boricua.

La ciudad de Nueva York —especialmente en González, Soto y Vivas Maldonado— juega un papel primordial en las actitudes de los personajes. El boricua emigra a la gran ciudad en busca de desahogo económico y social, pero tan pronto llega se siente anonadado. La realidad mecánica y la fría indiferencia de la ciudad lo abruman. Sufre prejuicios y tiene que soportar que lo llamen despectivamente «spik». Este siente el anonimato que le produce la ciudad. Es posible que esto se deba a que en la isla, por ser pequeña, se puede llevar una vida con más sentido de solidaridad humana.

Recorren las páginas de estos cuentos una variada gama de tipos de emigrantes. Se encuentran los que nunca pueden adaptarse a la vida neoyorquina («Los inocentes» de

¹² Como es de esperarse la emigración tiene también su efecto en el lenguaje del puertorriqueño. Este incorpora al lenguaje una serie de nuevos vocablos, ocasionando así el surgimiento de lo que algunos han dado en llamar «spanglish», es decir, una especie de dialecto que consiste en españolizar las palabras tomadas del inglés. Por ejemplo, curara = quarter, yarda = yard, liquiar = to leak, marqueta = market, furnitura = furniture, grosería = grocery store, rufo = roof, frisar = to freeze, etcétera.

Soto). Esta actitud de inadaptación los empuja hacia los bajos mundos, a violar la ley y a poner en juego sus vidas («En Nueva York» y «El pasaje» de González). Dentro de este grupo de los inadaptados hay algunos que han terminado por conformarse con su situación; se han resignado a seguir las reglas del «juego neoyorquino» («Isla en Manhattan» de René Marqués). Hay los que niegan su origen puertorriqueño y sufren el problema de identidad. Algunos evitan hablar español y hasta se cambian el nombre («En americano» de Jaime Carrero, y «Detrás de aquella lucecita» y «La protesta» de Luis Quero Chiesa). También existen los indiferentes que se han apegado a la vida neoyorquina sin la más mínima idea de lo que constituye el problema de la emigración puertorriqueña a la gran ciudad («Papá se ha dormido» de Soto). Hay otros que luchan porque no aceptan la idea del anonimato («Después del invierno» de Emilio Díaz Valcárcel). No faltan aquí tampoco los homosexuales, los drogadictos, las prostitutas, los espiritistas, los adolescentes pandilleros, que se refugian en estos truculentos mundos tratando de encontrar alivio a sus frustraciones neoyorquinas (*A vellón las esperanzas* de Vivas Maldonado). También existen los que sienten la angustia del desterrado, evocan constantemente la isla, el clima y todo lo típico, y desean regresar a su patria («Siempre el sol» de Díaz Valcárcel).

En general, es bien palpable en estos inmigrantes boricuas una insatisfacción motivada por la pobreza, la soledad, la indiferencia y el choque entre sus aspiraciones y el medio ambiente hostil.

El contacto de dos conglomerados humanos que se propongan establecer un régimen de convivencia, siempre provoca naturales problemas. Tales problemas toman diversos relieves, según las condiciones históricas, sociales y económicas imperantes. Pero no sólo conflictos surgen de estos encuentros. También aparecen beneficios. En el caso de Puerto Rico, puede decirse que de un estado semicolonial en que había vivido por siglos bajo el régimen español pasa a una vida de estructura moderna con la intervención de la influencia norteamericana. De hecho, Puerto Rico cambia su horizonte de posibilidades de desarrollo agrícola, industrial, tecnológico y cultural. En el espíritu del cuento aquí estudiado se contiene este testimonio.

Aunque es indudable la gran importancia que ha alcanzado el tema en las letras boricuas, ahora valdría la pena apuntar hacia su futuro. Siguiendo el trayecto y desarrollo del tema desde su aparición en 1914 hasta el momento actual, y anotando sus características principales, se puede afirmar que éste continuará latente mientras continúe el éxodo de boricuas a la ciudad de Nueva York. Ahora bien, este desarrollo literario del tema se mantendrá a la par con el proceso migratorio: mientras más emigrantes boricuas lleguen a las costas neoyorquinas, más creaciones artísticas que narren su odisea aparecerán en las revistas, diarios y libros de la isla y del continente.¹³ Este paralelismo

¹³ Existe una nueva generación de jóvenes puertorriqueños nacidos y criados en Nueva York que están produciendo obras literarias que marcan la expresión angustiada y horrible de lo que significa ser puertorriqueño en el ámbito estadounidense. Pero éstas, como es de esperarse, están escritas en inglés. Algunos de ellos son: Jesús Colón, que escribe una de las primeras obras de esta generación, *A Puerto Rican in New York* (1961); Pedro Pietri, autor de *Puerto Rican Obituary*; Víctor Hernández Cruz, autor de *Snaps*; Piri Thomas, el conocido autor de *Down Theses Mean Streets*; el poeta Jack Agüeros y el ensayista Samuel Betances. Para una buena visión de conjunto de estos escritores, véase María Teresa Babín y Stan Steiner, *Borinquen. An Anthology of Puerto Rican Literature* (New York: Vintage Books, 1974).

mo ya ha quedado marcado anteriormente en la década del cincuenta, que es la más cargada de emigrantes y la más cargada de obras. En el momento actual es posible que los escritores isleños estén dirigiendo sus miras hacia el problema de los boricuas que retornan, que, en sí, es una faceta más del tema capital boricua-neoyorquino.¹⁴ Ya Edwin Figueroa con su «Don Rafo y los caballos» (1978) —el único relato del ciclo temático que aborda este subtema— ha trazado el inicio del nuevo sendero.¹⁵

Los análisis expuestos en las pasadas páginas y el abundante número de valiosos relatos, permiten detectar el importante papel que juega el tema de la emigración boricua a Nueva York en el cuento puertorriqueño y, en general, en las letras isleñas. Cuando un tema apela a la creatividad artística de escritores de la talla y el calibre de los aquí estudiados, es innegable su significativo valor. Indudablemente la emigración a la ciudad de Nueva York ha dejado su indeleble huella en el desarrollo temático del rico cuento puertorriqueño, y convincentemente José Luis González, Pedro Juan Soto y José Luis Vivas Maldonado son responsables en gran medida de la realización de tal acontecimiento.

Rafael Falcón

¹⁴ Un aspecto interesante del fenómeno emigratorio boricua es el problema de la reintegración de los puertorriqueños que retornan al regazo de la sociedad isleña. Entre los puertorriqueños que emigran a Estados Unidos, hay un gran número que regresan a la isla después de haber vivido por un tiempo considerable en el continente. Desde mediados de la década del cincuenta el flujo revertido de emigrantes se ha transformado en un elemento considerable de la vida isleña. Para el decenio del sesenta, por lo menos 145.000 entre los habitantes de la isla son emigrantes retornados, y en el período que comprende entre 1970 y 1974 unos 21.000 boricuas también emprendieron la marcha del retorno. En realidad existe un flujo y reflujo de pasajeros entre la isla y el continente palpable diariamente en los aeropuertos.

Sobre el retorno a Puerto Rico véanse los siguientes estudios sociológicos: José Hernández Álvarez, *Return Migration to Puerto Rico* (Berkeley: University of California Press, 1967); Eva E. Sandis, «Characteristics of Puerto Rican Migrants to, and from, the United States», *The International Migration Review*, IV (primavera 1970), pp. 22-43; Celia Fernández de Cintrón y Pedro Vales Hernández, *Return Migration to Puerto Rico* (Río Piedras: Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, 1974).

¹⁵ En este relato se presenta al anciano puertorriqueño que después de treinta años de residencia en la urbe neoyorquina contempla con profundo dolor el enajenamiento cultural de su familia —sus hijos se avergüenzan de todo lo isleño; los nietos que no saben ni jota de español—, y que cuando regresa tratando de reencontrar su origen, sus raíces, se da cuenta que ahora todo es muy distinto a lo que el había abandonado.

